

Cuadernos del Sur

Número 4



Marzo-Mayo 1986

Tierra  fuego
del

Ecología y perspectiva socialista

Rudolf Bahro

El tema enunciado por el título que encabeza estas líneas me parece que es *una* cuestión clave si no la cuestión clave que el movimiento socialista ha de plantearse de cara a las próximas décadas. Procediendo de entrada a una formulación de este tipo doy a entender ya, naturalmente, que para mi el problema de la crisis ecológica no es el horizonte de un movimiento específico cualquiera, sino el tamiz a través del cual tenemos que hacer pasar toda nuestra concepción política — más aún: toda nuestra concepción teórica, todo nuestro arsenal teórico— si es que queremos estar a la altura del desafío que nos presenta este final de siglo.

Nos encontramos sólo al comienzo de la asimilación teórica, psicológica y práctico-política de esta crisis. Cabe afirmar que a grandes rasgos no hemos hallado aún la posición correcta para hacerlo. En modo alguno pienso que los puntos de partida conceptuales acerca de los que me propongo hablar contengan ya la solución. Creo que tendremos que trabajar de firme para elaborar con toda la exactitud que nos exige la tradición marxista lo que aquí sólo voy a indicar como mero planteamiento del problema.

Nuestras dificultades a la hora de encontrar la posición adecuada para abordar el problema se inscriben en un contexto más general. En el movimiento socialista, particularmente en los países capitalistas altamente desarrollados, se extiende en la actualidad con bastante amplitud la sensación de que las concepciones que hemos sustentado hasta el presente no bastan ya y que, en un cierto sentido, hay que hablar de una crisis del marxismo. Voy a situarme para empezar en un nivel muy subjetivo describiendo cómo llegué personalmente a experimentar esta sensación.

Tras las guerras de liberación de Alemania, tras las grandes esperanzas que las fuerzas progresistas de Alemania habían asociado a los acontecimientos de 1812-1813, un miembro de una corporación

alemana de estudiantes, un dirigente estudiantil alemán, resumió así —creo que en 1817— su experiencia: *“Todo ha sucedido de manera diferente a como habíamos pensado”*. Para mí, esta formulación fue una vez una especie de vivencia, a mediados de los años sesenta. Incorporaba la experiencia que hemos tenido en el otro lado de la frontera con el “socialismo realmente existente” Una experiencia, por otra parte, que vinculaba muy especialmente a los camaradas de mi generación —generación afortunadamente demasiado joven como para haber tomado parte en la guerra fascista y para haber sido demasiado influida por la ideología nazi— con los viejos camaradas sin conectar con aquellos otros, pertenecientes a la generación intermedia, que regresaban en 1945 de las trincheras equivocadas. Los viejos camaradas, los que regresaban de los campos de concentración, tenían la sensación de que habíamos esperado otra cosa. Y los jóvenes camaradas, que eran como sus nietos, pronto habían de experimentar idéntica sensación.

“Todo ha sucedido de manera diferente a como habíamos pensado”. Este *todo* tiene, naturalmente, carácter aforístico, es una absolutización. Pero sí es cierto que muchas cosas han sucedido de manera diferente a como habíamos esperado. Y no sólo al otro lado de la frontera todo o muchas cosas han sido diferentes a como pensábamos, sino también aquí. Voy a intentar en lo que sigue sintetizar qué es lo que realmente ha sucedido de otra manera.

¿Qué esperábamos —con Marx desde los años cuarenta del S. XIX— que sucediese?

La idea político-estratégica básica del marxismo en relación con el destino de la humanidad en su conjunto consistía realmente en lo siguiente: que el despliegue y agudización de las *contradicciones internas*, de las contradicciones internas de clase en los países capitalistas más desarrollados del siglo XIX, había de comportar no sólo la solución proletaria general para los problemas de la civilización europea, sino la solución para la humanidad en general. Cuando se leen los artículos sobre la India se percibe con toda claridad que Marx esperaba de una revolución proletaria en Inglaterra la redención de la India. Y en sus últimos escritos de los años 1880-1881, en sus borradores de carta a Vera Zassulitch, vemos todavía su convicción de que en Rusia podía darse algo así como una vía de

comunas populares, pero bajo la premisa de una revolución proletaria victoriosa en Occidente. Y esto no ha sucedido.

Con lo que hoy tenemos que vérnoslas es, en realidad, con la siguiente contradicción: si leemos a Marx, sus escritos políticos y sobre todo sus análisis económicos, hasta el día de hoy resulta posible —sucede, por lo demás, también con el libro de Lenin sobre el imperialismo— hallar en gran medida confirmación para la *descripción* de la realidad que confirma lo que él escribió. Por ejemplo la explotación. Si cogemos el lápiz resulta que calculatoriamente es hoy mayor que nunca. Por otra parte, sin embargo, resulta que las consecuencias políticas derivadas del análisis no se han verificado. Es decir, la esperanza en una ruptura revolucionaria por parte de nuestro movimiento en los países capitalistas altamente desarrollados no se ha cumplido. Y no me es posible contestar en este momento por qué causas. Pero que la cosa es así, me parece evidente. Nuestra perspectiva ha sufrido un desplazamiento radical. Y por eso mismo ya no basta, como hacen por ejemplo los camaradas de tendencia trotskista, seguir pacientemente en nuestro ghetto de izquierda forjando los cuadros para la revolución proletaria, para nuestra definitiva insurrección espartaquista. Me parece, sencillamente, que ya no tenemos tiempo para confiar sólo en una perspectiva así. Nuestra vieja hipótesis acerca del carácter de la solución ya no es lo suficientemente probable. Debemos preguntarnos si no existen otras posibilidades de dominar los problemas; al menos, tenemos que poner otro hierro en la forja. Por eso mismo me propongo trazar ahora, a partir de la referencia a nuestra antigua voluntad de dar solución a los problemas de la humanidad directamente en base a las contradicciones internas de los países desarrollados, el contra-balance de todo este desarrollo con el objeto de iluminar el desplazamiento de la perspectiva.

Ya la revolución rusa constituye un dato indicativo del hecho de que la agudización decisiva de las contradicciones de clase se ha desplazado a la periferia del sistema capitalista. Generalizando diría lo siguiente: con la revolución rusa dio comienzo lo que hoy tenemos a la vista como un hecho general, la *dominancia de las contradicciones externas*, de varias contradicciones externas. En lo que sigue me referiré a tres de ellas.

Pero antes volvamos a la tesis que propongo: *dominancia de las contradicciones externas sobre las contradicciones internas* en nuestros países capitalistas altamente desarrollados. Y ahora tengo que detenerme en una cuestión, porque estas contradicciones externas a las que quiero referirme actúan naturalmente en el inte-

rior del sistema capitalista mundial en su conjunto o, dicho con mayor exactitud —porque los países de “socialismo realmente existente” no pertenecen al sistema capitalista mundial—, en el interior de la civilización capitalista mundial en su conjunto. Mi tesis, ciertamente, es que tampoco en los países de “socialismo realmente existente” se ha producido una ruptura con el horizonte de la *civilización* capitalista, de la civilización burguesa. Esto significa que allí no se ha dado solución al problema planteado por Marx en los *Grundrisse* consistente, a saber, en que en la propia maquinaria, en la propia tecnología está ya instalado el capitalismo, el dominio de clase, la explotación y la opresión del hombre por el hombre. Y dado que en el presente hemos reproducido a escala mundial esa maquinaria capitalista, esa tecnología capitalista y dado que las masas trabajadoras están igualmente sometidas a ellas en los “países socialistas”, aquella tesis maoísta de que los rusos estaban recorriendo también la vía capitalista, posee un núcleo racional. No nos hemos sustraído a las fuerzas productivas capitalistas, al fundamento de la civilización capitalista, que sigue constituyendo nuestro horizonte. En última instancia, esta civilización engloba a todo el mundo, aun cuando no todas las sociedades estén completamente penetradas por ella. En esta perspectiva, la situación en los países desarrollados —dirigiendo ahora nuestra atención a éstos— está más intensamente determinada por las contradicciones externas que por la dinámica generada por las contradicciones internas. A la contradicción entre trabajo asalariado y capital, con toda la cadena de derivaciones que afectan al proceso de reproducción, se *le superponen persistentemente las siguientes tres contradicciones externas.*

Tres contradicciones externas

En primer término figura, resultante de la gran revolución de octubre, *el conflicto Este-Oeste*, que ejerce una influencia tan permanente en nuestra situación global que no existe ni la más mínima posibilidad de solucionar cualquiera de los problemas ante los que nos encontramos si no nos planteamos al mismo tiempo cómo puede superarse esta confrontación de bloques. Una confrontación que impulsa por todas partes el proceso de crecimiento capitalista de las fuerzas productivas poniendo en peligro, a través del mecanismo de la carrera de armamentos, la supervivencia de la humanidad. En nuestro trabajo político práctico hemos dejado, en los últi-

mos veinte años, que la amenaza de una guerra atómica haya pasado demasiado a un plano secundario. Con la prosecución de la confrontación de los bloques y por tanto de la carrera armamentista, la humanidad no se sustraerá a su desaparición. No sólo porque la bomba puede explotar, sino porque esta expansión material en base a principios capitalistas de crecimiento se apoya, según el concepto hegeliano de la “mala infinitud”, en el desarrollo de las fuerzas productivas y de las necesidades de consumo. Uno y uno son dos. La serie numérica es esa “mala infinitud” en la que no es posible ningún salto cualitativo. Y este tremendo mecanismo propulsor de la concurrencia de los bloques, de la “carrera económica”, como se dice en el Este, hasta la carrera armamentista, que es el verdadero secreto de esta “carrera económica”, es lo que se deriva de la primera de las tres contradicciones externas que condicionan nuestra situación interna. Kruschchev y Kennedy llegaron en su momento a la conclusión de que, dada la existencia de la bomba atómica, ya no era posible orientar la política exterior a la resolución de contradicciones por una vía antagónica. Desde entonces se impone la experiencia de que la multiplicidad de conflictos inscritos en el contexto de la confrontación de los bloques, relacionados con la situación mundial en su conjunto, tampoco nos permite tratar a las contradicciones internas en estos países capitalistas desarrollados simplemente desde la perspectiva de que hay que agudizarlas.

Una segunda contradicción externa —que puede ser que resulte en el futuro aún más gravosa— tiene que ver con lo que en pocas palabras podríamos llamar la *problemática Norte-Sur*, el enorme desnivel de la renta por cabeza en el eje Norte-Sur. Cabe imaginar lo que significaría que quisiéramos extender la estructura de necesidades materiales de nuestra sociedad, que ha tomado cuerpo entre nosotros como resultado de 200 años de desarrollo capitalista afectando sólo una fracción de la humanidad, a los 4,000 millones de personas o a los 6.000 u 8.000 con los que, ciertamente, hay que contar. Es evidente que el planeta simplemente no podría tolerar una expansión tal del consumo de materias primas y energía, que es lo que eso significaría en la práctica, incluyendo las consecuencias de la sobrecarga del medio ambiente que comportaría. Y, sin embargo, toda la experiencia histórica nos indica que los hombres del tercer mundo y del cuarto mundo no van a resignarse simplemente a prescindir de los standards de consumo que nosotros ponemos a su vista. En estas condiciones, ¿vamos a poder mantener nuestra civi-

lización en su forma actual bajo la premisa de que no va a estar al alcance de toda la humanidad?

Esta es, así pues, la segunda de las tres contradicciones externas que condicionan persistentemente nuestra situación interna. Una contradicción que, entre otras cosas, significa lo siguiente: en la medida en que la lucha de clases interior por el salario real sigue impulsando aquí la producción y aumentando la renta por cabeza —considerada sólo dentro de los límites de nuestros países ricos, la lucha por el nivel de vida de las masas sigue siendo una lucha absolutamente justa—, en esa medida se ensancha el abismo que atraviesa la humanidad. Y el materialismo histórico nos enseña que a partir de cada cesura en las condiciones materiales de vida pueden y deben surgir conflictos, que la muerte y el homicidio van a extenderse a escala de millones, y eso sin contar la catástrofe del hambre que amenaza —según predicción de economistas y especialistas en alimentación de probada seriedad— a unos quinientos millones de personas. A esto nos enfrenta, por tanto, esta segunda contradicción externa. Las luchas de clases internas en los países altamente desarrollados ya se resuelven en gran medida sobre las espaldas de los pueblos subdesarrollados. Este es un problema que debemos plantearnos. Todavía no tenemos la solución, pero el problema es éste.

Y la tercera contradicción externa, la contradicción externa a la que va a desembocar todo en definitiva, la que nos ha deparado el industrialismo capitalista y que, en consecuencia, me parece ahora la cuestión clave, es la *contradicción entre el hombre y la naturaleza* que se manifiesta en la crisis ecológica. La expresión “hombre y naturaleza” suena en principio, claro está, absolutamente extrapolítica. Pero el hombre es según Marx, precisamente, el “conjunto de las relaciones sociales” y es tal cosa en el contexto en cada caso dado, en el que el proceso de reproducción capitalista determina inquebrantablemente el desarrollo de las fuerzas productivas a escala mundial. En el caso de los países de “socialismo realmente existente” ya he mostrado cómo se desarrollan las mismas fuerzas productivas, sólo que a través de un mecanismo de adaptación.

¿Qué significa realmente la crisis ecológica?

El hombre existe en la Tierra desde hace de 2 a 5 millones de años, depende de cómo se valoren los hallazgos disponibles. El *homo sapiens*, que es nuestra especie biológica estricta, existe aproximada-

mente hace 40.000 años. La cultura, la civilización, tienen tal vez 10,000 años de antigüedad. Por otra parte, el sol nos abre un futuro prácticamente ilimitado. Pero a la vista de estas posibilidades de ulterior desarrollo humano, nuestros economistas —desgraciadamente de todas las tendencias— se dan por satisfechos cuando se consuelan y nos consuelan a nosotros asegurando que a propósito de cualquier materia prima, el carbón por ejemplo, que adoptando determinadas tasas de crecimiento en su consumo habrá todavía para 400 años y, en el caso del petróleo, para otros 70 años. A lo que se añade que aún se descubrirá alguna reserva suplementaria, por lo que con un poco de suerte durará todavía un par de décadas más. Algunos metales indispensables para el tratamiento del hierro se agotarán antes de que nosotros hayamos desaparecido. *Estos* son cálculos que entrañan en sí mismos un abandono del destino de la humanidad y del futuro de la humanidad. En modo alguno podemos conformarnos con ellos.

Debemos reflexionar acerca de cómo hay que transformar nuestra civilización en su conjunto, lo que significa en primer término nuestras fuerzas productivas si es que queremos asegurar la existencia de la humanidad para generaciones futuras. Hay que tener muy presente que la creciente escasez de los recursos conduce ya ahora a la agudización de la situación mundial. Que las guerras son ahora más probables.

En los años ochenta esta crisis de los recursos coincidirá con una crisis en el proceso de valorización del capital. Las tasas de crecimiento anteriores ya no volverán y no como resultado de un acto de razón, sino porque el proceso de reproducción no presta ya tanto. De este modo, las sumas para corromper y comprar la paz anterior que el capital estará en condiciones de desembolsar no alcanzarán ya los niveles de antaño. O sea, que el nerviosismo de las clases dominantes aumentará y con él naturalmente, también el peligro de que se adopten decisiones irracionales. No es por casualidad que se puede observar ahora una agudización bastante peligrosa de las actitudes políticas internas en América, que Carter, a raíz del enorme error que la Unión Soviética ha cometido en Afganistán, traslada a su propia política.

La crisis ecológica no es un fenómeno aislado de sobrecarga del medio ambiente. Es ante todo un problema de recursos y básicamente de materias primas, más de materias primas para la industria que de aprovisionamiento de energía (A este respecto existen, en cualquier caso, algunas variantes científicas, de las que cabe esperar que su fundamentación sea tan insegura como la de la

famosa fusión nuclear. De otro lado, todavía no hemos sometido a un examen científico aproximadamente definitivo a la energía solar en punto a su posible utilización. Es ya concebible que algo pueda sacarse de aquí). Pero lo que está sucediendo es que realmente estamos llegando al último escalón de las materias primas sobre las que se basa nuestra civilización. Ya se ha calculado que la humanidad, aún en sus dimensiones actuales, difícilmente podría alimentarse si faltasen los fertilizantes que hoy son de uso habitual, los fosfatos, las potasas, los abonos nitrogenados. Puede que esto sean prognosis pesimistas. Podríamos discutir si van a durar 50 años más o menos. Pero nosotros, en tanto que movimiento socialista, tenemos que pensar en términos de una perspectiva más vasta, ilimitada. Así lo hicieron siempre nuestros clásicos.

La crisis ecológica, de otro lado, es también sólo el vértice de la necesidad general que tiene la humanidad de liberarse del orden económico capitalista en la medida en que precisamente ahora hemos llegado en los países capitalistas desarrollados a un punto en el que la crisis de las fuerzas productivas coincide directamente con una crisis de la subjetividad del individuo. Jamás en la época moderna ha existido un tiempo en el que —como ahora— tantas personas que gozan de unas condiciones materiales aparentemente tan favorables se sientan tan desgraciadas. El significado de esto, por consiguiente, es que la economía política, la política ecológica y la emancipación general del hombre constituyen un solo conjunto de problemas que nosotros, en tanto que socialistas revolucionarios, debemos saber plantearnos de una manera nueva.

¿Qué ha sucedido de manera diferente a como habíamos pensado?

Ya he indicado antes que todas estas influyentes contradicciones externas son desde el punto de vista de la civilización global de la humanidad contradicciones internas; son internas al mundo, por así decirlo. Y este mundo en su conjunto sigue estando sujeto a la dominación capitalista. Pero capitalismo y crecimiento económico cuantitativo son cosas idénticas. De aquí se deriva la reflexión que conduce a la ecología socialista.

¿Cuál es, en realidad, *la naturaleza del mecanismo económico* que ha generado este tipo de crecimiento, de donde ha surgido la crisis ecológica? Se trata del principio básico más elemental de la economía capitalista, el *principio de la creación de plusvalía a*

cualquier precio. Para crear plusvalía se debe incrementar la productividad del trabajo y allegar más bienes al mercado. Cuanto mayor sea la producción en masa, tanto más efectiva será la reproducción desde el punto de vista del capital. Para ello han de introducirse cada vez masas nuevas de materias primas en el proceso de producción. Esto es, detrás de la crisis ecológica se halla la concurrencia de los monopolios. Esta es sustancialmente diferente a la a la concurrencia de los pequeños fabricantes en los siglos XVIII y XIX, en la fase inicial de la era capitalista. La concurrencia de los supermonopolios actuales, tanto de los nacionales como de los internacionales, reforzada mediante las aportaciones de capital a través de la maquinaria estatal, esa concurrencia monopolista por los máximos beneficios, el aumento de las ventas, las cuotas de mercado: he aquí el mecanismo motriz que hay que detener.

De esta manera podemos ver bajo una nueva luz la contradicción entre el resultado de nuestro análisis económico y la praxis política, que es por donde había empezado. Si este mecanismo motriz capitalista constituye el problema de la supervivencia de la humanidad en el presente, esto significa naturalmente que estas tres contradicciones externas deben ser atacadas en última instancia a través de nuestras contradicciones internas. Y que es aquí, en ningún otro lugar sino aquí, donde se mantiene en marcha el mecanismo propulsor que nos lleva a nosotros y al resto de la humanidad a una catástrofe total, donde debemos proponernos la consecución de una ruptura. Pero debemos tener muy presente una realidad que, según me parece, todos hemos experimentado en una medida creciente, a saber, que el sujeto que hasta ahora habíamos previsto, el sujeto proletariado tal como lo habíamos definido hasta ahora, no producirá esa ruptura. Este es el punto central, por lo que hace a nuestra tradición ideal, en el que las cosas han sucedido de manera diferente a como habíamos pensado.

Ya antes he indicado que a la vista de cómo se han desarrollado las cosas no está cuanto menos justificado que confiemos *sólo* en esa paciente forja de cuadros para la hora que esperamos desde hace 130 años; nuestros predecesores han fracasado hasta ahora siempre en un determinado sentido. La revolución rusa, es cierto, no ha fracasado por lo que hace al desarrollo de las fuerzas productivas industriales, desde luego que no, pero no ha generado socialismo. Pienso que precisamente la fijación en las viejas formulaciones marxianas acerca del problema del sujeto, acerca de la cuestión de qué fuerzas han de superar al capitalismo, tiene mucho que ver con las conclusiones derrotistas y pesimistas que actualmente aparecen

entre nosotros de vez en cuando. De aquí resulta el abandono de la actividad.

En la concepción heredada por nosotros nos centramos ante todo en la dinámica de las relaciones de producción, de la denominada base. Es sabido que en el marxismo las fuerzas productivas y las relaciones de producción están muy estrechamente vinculadas. Pero nosotros nos hemos concentrado siempre en las relaciones de producción. En ellas hemos destacado siempre la relación de explotación en tanto que palanca para las transformaciones. Siempre hemos situado como punto de partida de nuestra concepción política dos breves y sumarios escritos como los famosos *Trabajo asalariado y capital* y *Salario, precio y ganancia*, redactados por Marx con anterioridad a *El capital*.

La crisis ecológica no significa en realidad otra cosa sino que ahora nos encontramos ante el desafío de situar el *centro de gravedad* del problema que tenemos que resolver *en las fuerzas productivas*, en la adaptación de las fuerzas productivas, aunque naturalmente sin olvidar las relaciones de producción. Pero esto significa también que el desafío material al que se enfrentan los individuos —exactamente todos los miembros de esta sociedad, no en tanto que obreros o miembros de las capas medias o capitalistas, sino como personas— procede por así decirlo si cabe formular esto *ad hoc*, de un plano “aun más material” que el correspondiente a las relaciones de producción. Precisamente porque hasta el presente no fue posible romper las relaciones capitalistas de producción a partir de un impulso político que se hubiese apoyado sobre la dinámica de la contradicción entre trabajo asalariado y capital se ha llegado a un punto en el que la crisis ecológica arremete a partir de las fuerzas productivas, es decir del fundamento de nuestra civilización en su conjunto desplazando a un segundo plano la lucha de clases tradicional. La sociedad burguesa ha estado en condiciones, precisamente en base a los logros conseguidos por nosotros, de integrarnos cada vez más profundamente en su propio seno. Si nos decidimos a contemplar con los ojos bien abiertos qué es realmente la lucha de clases por la distribución administrada en común por los empresarios y los sindicatos, habrá que convenir en que es una carrera que no conduce a ninguna parte. Esta es una carrera que no conduce a ninguna parte, subordinada al proceso de reproducción de todas las contradicciones de la sociedad capitalista. Es incluso un mecanismo positivo de esta dialéctica capitalista. Y no hay ninguna esperanza de que por este camino lleguemos a salir del capitalismo. Entre otras cosas también a causa de la participación en los beneficios coloniales,

que muy pronto fue reconocida como un peligro para el movimiento obrero, la lucha salarial ha perdido aquella significación existencial y por tanto explosiva que sin duda alguna tenía en los siglos XVIII y XIX. Y, de otro lado, vemos precisamente que la lucha sindical permanece encerrada en el interior de la sociedad burguesa. Por lo tanto, ya no podemos fundamentar ninguna perspectiva socialista sobre esta lucha.

Incluso compañeros que sustentan una interpretación completamente ortodoxa del marxismo señalan en sus análisis del capitalismo tardío que las cuestiones que más mueven hoy a las personas tienen que ver con la proporción entre consumo privado y consumo social, con la exigencia de control de las inversiones, con la reivindicación de transparencia del proceso económico global, con la supresión del secreto bancario, del secreto de los monopolios. Estas son cuestiones de mucha importancia que afectan el proceso de reproducción capitalista *en su conjunto*, esto es, que se sitúan en un plano mucho más diversificado, mucho más complejo. Se sitúan precisamente donde Marx ya no llegó en la redacción de *El Capital*, en sus conclusiones políticas: son los problemas que se consideran en los tomos II y III de *El Capital*. Se trata de en qué medida el proceso global de la reproducción capitalista genera contrafuerzas capaces de dar lugar a la transformación revolucionaria que no se ha derivado de la lucha salarial, de la lucha por la distribución a la que nos hemos referido. Quede claro que soy muy consciente de que esta contraposición entre el tomo I y el tomo II de *El Capital* simplifica mucho las cosas. Lo único que me proponía era señalar una inversión de las prioridades.

Otro elemento: Marx indicó ya en los *Grundrisse*, esto es, en los trabajos preparatorios del *El Capital*, que los obreros industriales constituyen una clase tendencial en desaparición. Claro está que si entendemos por tales al “trabajador a pie de máquina”, al “obrero en overol”. Ya en la teoría se ha resuelto sin ambigüedad que entre el 80 y el 85 % de los miembros de nuestra sociedad dependen de un sueldo o de un salario. Y hay además, con plena seguridad, todo un conjunto de existencias sociales que sólo porque desarrollen, por ejemplo, una actividad libre y se las contabilice en las estadísticas como autónomos, no deben ni de lejos sumarse a la otra clase. En consecuencia, para lo política práctica deberíamos partir de este amplio sujeto. Los compañeros a los que hacía referencia hablan de este 80 a 85 %, pero cuando se ocupan de estrategia entonces siempre señalan como primario organizar a los obreros en overol. Esto es demasiado poco. Lo que estamos necesi-

tando ahora no es, en modo alguno, una organización de la que estén ausentes los de overol. En absoluto. Y seguimos necesitando, igual que antes, la limitación del poder del capital que está naturalmente inscrita en la lucha distributiva. No se trata, digamos, de negar aquello que ha representado y definido el movimiento obrero tradicional. Pero de lo que sí se trata es de hallar nuevas ordenaciones de los pesos relativos, nuevas prioridades y sobre todo, una estrategia que tenga realmente como punto de partida al *trabajador colectivo* de la sociedad capitalista altamente desarrollada.